

de no discriminación. No obstante los avances, se impone reconocer también que incluir a las mujeres en lo humano trastoca la concepción tradicional de humanidad y la experiencia histórica misma, lo que no se ha logrado insertar del todo ni en la cultura ni en la práctica de los derechos humanos.

ALFREDO RICO CHÁVEZ  
LA VIOLENCIA  
NUESTRA DE CADA DÍA

Corsi, Jorge; Dohmen, Mónica Liliana y Sotés, Miguel Ángel. *Violencia masculina en la pareja*, Paidós, Buenos Aires, 1995

Leo las primeras páginas y me llega un miedo acompañado de la pregunta casi inevitable: ¿Soy — acaso potencialmente— un hombre golpeador? El libro de Jorge Corsi *et al.*, *Violencia masculina en la pareja*, incluye desde las definiciones más elementales hasta la práctica profesional del tratamiento a quienes ejercen violencia intrafamiliar, y lo hacen tan amplia y detalladamente que casi cualquiera se identificaría con al menos una de las características de los hombres golpeadores.

¿Quién de nosotros alguna vez no ha intentado imponer en la pareja su voluntad por celos, por capricho, con chantajes o amenazas, con indiferencia

fingida, con el aparente uso de la razón que deja a un lado la opinión de la otra? Los autores del libro hablan sólo de los hombres golpeadores, no de los potenciales. Dividen el libro en tres partes: la primera, que trata sobre las definiciones básicas y la caracterización teórica de estos individuos, corre a cargo de Jorge Corsi; la segunda señala detalladamente, a partir de algunos casos, esas características, por cuenta de Mónica Liliana Dohmen; la tercera refiere la experiencia del tratamiento psico-educativo con hombres golpeadores, Corsi y Miguel Ángel Sotés son los autores.

Con un estilo sencillo y accesible, el libro trata un problema que es tan grave como cotidiano en la pareja y que permea a prácticamente todos los hogares. Corsi habla de las *definiciones básicas*<sup>1</sup> para introducir el tema. Desde los términos violencia, fuerza, poder, género, el modelo masculino tradicional, y remite también a la ne-

cesidad de abordar el tema desde las distintas áreas del conocimiento: desde la contundencia de las estadísticas que, sin embargo, son limitadas por su inexactitud ante los casos que no son registrados y la influencia de la sociedad, así como de los patrones sociales y culturales sobre lo que es ser “ hombre” , que se mantienen hasta hoy, hasta el caso particular de quienes ejercen la violencia.

Corsi señala que “ el proceso de construcción de la identidad masculina es un complejo entramado de factores macro, exo y microsistémicos”<sup>2</sup> donde el contexto cultural, las características de la sociedad y las interacciones familiares juegan un papel fundamental para producir individuos que de manera física, emocional y/o psicológica agreden a sus parejas.

Género y poder son para Corsi los “ pilares conceptuales”<sup>3</sup> de este proble-

<sup>1</sup> Corsi *et al.*, *op. cit.*, p. 11.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 136.

ma. Señala que la violencia se da en un desequilibrio de *poder* donde el hombre actúa de manera violenta a partir de una identidad que él ha creado y le han creado; desde que se siente y es considerado del *género* masculino, una de sus características es la de dominar a la mujer por cualquier medio. El modelo masculino tradicional que señala Jorge Corsi se construye en los individuos “ sobre la base de dos procesos psicológicos simultáneos y complementarios: el hiperdesarrollo del yo exterior (hacer, lograr, actuar) y la represión de la esfera emocional” .<sup>4</sup> Esto repercute directamente en la conducta violenta ya que, al no poder exteriorizar sus sentimientos y ver que una situación escapa a su dominio, para recuperar el control manifiestan la única sensación permitida y utilizan la salida aprendida —el enojo y la violencia—.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 15.

Corsi habla de que las nuevas generaciones se siguen educando con el modelo tradicional, por lo que los esfuerzos hechos por transformar la identidad masculina y evitar la violencia en el hogar han sido insuficientes. Es contundente: “ ...la estructura de la sociedad patriarcal ha permanecido intacta” .<sup>5</sup>

En la segunda parte, a cargo de Mónica Liliana Dohmen, se ilustran y analizan los casos de algunos hombres golpeadores que fueron tratados para resolver su problema. Esta parte resulta enriquecedora porque refleja en una medida las características de estos individuos y que Dohmen divide en cuatro: las cognitivas, las comportamentales, las emocionales y las interaccionales.

Las cognitivas se refieren al aprendizaje que se tiene de la masculinidad y la femineidad, y lo que eso implica. Las comportamentales son las de la

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 23.

actuación frente al problema, tanto en lo público como en lo privado. Las emocionales tienen que ver con las sensaciones del individuo, que generalmente se niega a expresar verbalmente y denotan la inseguridad y dependencia con la pareja. Las interaccionales son las que hacen referencia a su actuación con la pareja para controlarla. Todas éstas son ilustradas detalladamente por Dohmen.

Y es aquí donde más me llega la pregunta de mi potencialidad como hombre golpeador: el modelo masculino tradicional que perfila a estos individuos —con el que en mucho estoy identificado—, la dificultad para expresar los sentimientos, suponer que los problemas de la relación son por mucho culpa de ella, los celos, el deseo de controlar su vida. La autora hace una diferencia entre la violencia psicológica y emocional que provoca más la duda. La primera, según Dohmen, es la que se genera después de, por lo menos, una agresión física, y que pro-

voca en la mujer el miedo a que ésta se repita; la segunda, la que nos puede identificar, es la que se presenta sin que exista antecedente de violencia física pero en la que se dan actitudes agresivas (gritos, indiferencia hacia sus emociones, imposición de la voluntad, etcétera).

Sin dejar de reconocer el buen trabajo de Dohmen, existe dos puntos que me provocan algunos cuestionamientos y aventuro una opinión axiomática. La autora, para referirse a distintas características de los golpeadores, recurre sólo a algunos casos y los reitera para cada una de las características, además de presentarlos sólo de manera parcial, lo que impide ver la totalidad de la declaración sin permitir contextualizarla; presenta fragmentos que, después de aparecer varias veces, se descubre que corresponden a un mismo caso y al reconstruirlos hacen dudar, por momentos, del trabajo de campo realizado. Por otra parte —y ésta es una opinión to-

davía más axiomática—, la explicación que da al interpretar las declaraciones es extremista y deja la sensación de que a las mujeres se les da el lugar de objetos pasivos que no juegan un papel en la relación de pareja, y que los hombres son seres despiadados que calculan hasta la última consecuencia de su acción. Esto lo señalo no por disminuir la responsabilidad y la culpa de los golpeadores, sino para establecer que las mujeres también sienten, viven la relación, punto que no se asoma en esta parte.

Un ejemplo de su interpretación extremista, y contradiciendo un poco el manejo durante el resto de su trabajo donde las mujeres son sólo objetos, señala que “ Esta característica de los esposos agresores de minimizar y hasta negar la frecuencia y severidad de su conducta, determina la necesidad de que el terapeuta de estos hombres deba recurrir a la esposa, particularmente durante la fase diagnóstica, para que sea ella quien

describa exactamente lo que en realidad sucedió, como lo señala Adams” .<sup>6</sup> Las mujeres no son, por el sólo hecho de ser mujeres, automáticas portadoras de la verdad. Insisto que con esto no quiero restarle responsabilidad a los hombres golpeadores, pero sí creo que —como se hace en toda investigación— la versión de las partes (con las contradicciones que encierra) construye una visión más completa y realista del caso, sin que las mujeres dejen de ser las víctimas y los hombres los victimarios.

Por lo demás, el trato de la autora no deja de mostrarnos una cruda realidad que desenmascara la equivocada dominación masculina durante siglos, y que apenas en nuestros días es denunciada y combatida por mujeres y hombres.

La tercera parte, que corre a cargo del propio Jorge Corsi y de Miguel Ángel Sotés, señala la experiencia del

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p.78.

trabajo público-institucional con hombres violentos, donde hablan de los programas, los modelos, la metodología y los objetivos. Estos últimos los resumen así:

- Controlar y detener la conducta violenta.
- Mejorar las habilidades y comunicaciones.
- Promover la flexibilización de los roles de género estereotipados.
- Disminuir el aislamiento social.
- Revisar creencias culturales que contribuyen a legitimar la violencia.
- Incrementar la autoestima y la asertividad.<sup>7</sup>

Con el resultado de este trabajo los mitos que con respecto a este problema existían, quedan en duda: ni se trata de enfermos mentales ni de personas afectadas por el alcohol o las drogas (y que sólo con ese efecto actúan), ni

es tampoco un problema exclusivo de las clases bajas o individuos con bajo nivel de educación. Dohmen presenta algunos datos que revelan esta situación. Tampoco es desde la perspectiva de una sola área del conocimiento que se puede estudiar y entender el problema.

No está de más darle un vistazo a este libro. Hacerlo nos ayudará a reflexionar sobre nuestro propio accionar y a rectificar el camino de quienes de alguna manera violentamos a nuestra pareja o evitarlo en quienes no lo hemos hecho aún.

Quisiera señalar dos cosas antes de terminar:

Por un lado, es importante saber que este libro fue impreso en Argentina, país en el que se toman ya cartas en el problema. En México, aunque ya existen varios trabajos de estudio sobre el tema, en lo que se refiere a la práctica cotidiana y a las políticas públicas, lo que se ha logrado es mínimo, casi simbólico. En el caso de la

<sup>7</sup> *Ibid.*, p.135.

práctica cotidiana, la mayor parte de los casos no son denunciados ni hechos públicos; en lo que respecta a las políticas públicas —y de manera ilustrativa— hace algunos meses se presentó en la Cámara de Diputados Federal una iniciativa que establece la violencia intrafamiliar como delito, que desató un debate donde algunos legisladores se opusieron a la iniciativa. Si esto se presenta con las leyes, más lejos estamos de contar con programas institucionales para tratar el problema. Aunque, por otra parte, los esfuerzos no cesan: en el Congreso de Jalisco se presentó una iniciativa sobre el punto y en el Cabildo Tapatío se incluyó otra iniciativa de igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres que contempla la violencia intrafamiliar; más allá de lo que se pueda señalar en concreto a las propuestas, el hecho en sí es importantísimo, aunque incipiente.

Finalmente, cuando se me presentó la oportunidad de realizar este tra-

bajo, después de pasadas la alegría y la preocupación, pensé en escribir sobre un libro de Octavio Paz y referirme a la, tal vez, cara opuesta de lo que el trabajo de Corsi hace referencia: el amor y el erotismo, donde por supuesto que los hombres tenemos que ver. Pero, después también de una pequeña reflexión y una acertada sugerencia, opté por este último. Sin embargo, no quisiera dejar de decir que los hombres intentamos, como lo dijera Paz en referencia al amor, vivir la “...apuesta, insensata, por la libertad. No la propia, la ajena” .<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Octavio Paz. *La llama doble*, Seix Barral, México, 1994, p. 60.